

3. PLURAL

tomaron su liderazgo del Partido Demócrata y dieron su espalda a las mujeres que más sufren, han fracasado en detener dichos ataques.

Pero un nuevo movimiento de mujeres está en proceso de formación. La masiva Marcha de Mujeres del 21 de enero fue tan solo el principio de una nueva era en la lucha por los derechos de las mujeres. Pronto fue seguida con la Huelga Internacional de Mujeres y “A Day without a Woman” del Día Mundial de la Mujer del 8 de marzo. Necesitamos construir sobre este potencial un movimiento para quienes están *más oprimidas* de entre nosotras, con el objetivo de hacer bascular la correlación de fuerzas de una vez a favor de las mujeres.

Sharon Smith es activista feminista y militante de la Internanalist Socialist Organisation en EEUU.



4. Luchas, movimientos y contrapoderes

Nueva política, movimientos sociales y poder constituyente

Marc Casanovas y David Caño

De Ítaca a Antígona

En una conferencia de 1982 sobre “La polis griega y la creación de la democracia” el filósofo griego Cornelius Castoriadis (2005) nos proponía una interpretación de la tragedia *Antígona* de Sófocles que quizás nos podría ayudar a pensar por analogía el actual callejón sin salida en el que la izquierda social y política de Catalunya parece haberse adentrado.

A partir de una original y fundamentada reinterpretación de la tragedia *Antígona* de Sófocles, Castoriadis nos mostraba el nacimiento de la democracia y el de la tragedia como dos caras de un mismo proceso, de una misma institución imaginaria, no heterónoma, de la vida social. En esta conferencia Castoriadis subvierte la significación y las interpretaciones

dominantes de *Antígona*, la cual ya no nos aparece a través del conflicto entre la ley divina y la ley de la ciudad, entre la familia y el Estado, entre el individuo y la razón de Estado, etcétera, sino que, por el contrario, el filósofo nos muestra cómo tanto la prohibición de enterrar a los enemigos de la *polis* dentro de la ciudad (Creonte) como la voluntad de enterrar un familiar dentro de la ciudad (Antígona), responden ambas, por igual, a leyes de la *polis*. El elemento trágico surge, pues, no del conflicto entre oscuras fuerzas de un destino trascendente que juega con sus protagonistas como si estos fueran marionetas ligadas a los hilos de unos dioses caprichosos, sino de la *hybris* de estos mismos protagonistas. Es decir, tanto Creonte como Antígona, se agarran unidimensionalmente y hasta el final a la seguridad de la ley instituida, que aparece como fuera del tiempo y de la historia, olvidando que precisamente en democracia las leyes no son de origen divino, sino que son autoinstituidas y limitadas en su razón y verdad y que, por tanto, dos razones y dos verdades pueden ser válidas en una misma situación. Podríamos decir que el elemento trágico surge, pues, porque los dos protagonistas tienen razón: porque se agarran a la seguridad de una razón unidimensional se equivocan trágicamente.

No es, pues, obcecándose (*hybris*) en la propia razón instituida como se solucionarán los dilemas de la vida colectiva sino en la capacidad de articular estas razones diferentes hacia un mismo proyecto colectivo no heterónimo. Esta capacidad de articulación, nos dirá el filósofo griego, nada tiene que ver con los “consensos” impuestos por los Estados modernos, más propios de insectos de hormiguero que de ciudadanos de una *polis*, sino que tiene que ver con la imaginación dialéctica de los movimientos sociales y de las clases populares, con la praxis, con la capacidad de autoinstituir mundos e imaginarios nuevos que puedan dar salida a estas contradicciones.

Por una política no heterónoma. Unilateralidad y fraternidad van juntas

A nadie se le escapa que actualmente la izquierda social y política en Catalunya está atravesada por una doble razón, por “dos verdades” que como en la tragedia griega se enfrentan partiendo por la mitad la posibilidad de construir ese “bloque histórico”; ese marco constituyente-material de intervención de las clases populares al que todos apelan y juran desde las tribunas, con las manos alzadas, mientras se les escurre entre los dedos la arena rebelde, indignada e insumisa de aquellas mismas fuerzas populares que los impulsaron hacia esas mismas tribunas.

Desde las consultas municipales por la independencia de 2009 hasta el salto cuántico de las masivas movilizaciones del 11S del 2012, fue desde la unilateralidad como el movimiento soberanista e independentista levantó un movimiento de masas que hizo tambalear el actual sistema autonómico, imponiendo una agenda de ruptura y confrontación permanente con el régimen del 78, un régimen que, no lo olvidemos, fue construido a través de pactos y acuerdos entre elites de aquí y de allí.

3. PLURAL

Desde las inmensas energías sociales que desencadenó el 15M en 2011, impugnando en clave destituyente el sistema de partidos y gran parte de los consensos sobre los que se levantó el régimen del 78, fue desde la fraternidad como se fueron levantando en Catalunya y en todo el Estado mil y una iniciativas ciudadanas que se retroalimentaban poniendo sobre la agenda política la necesidad de generar nuevas institucionalidades, nuevas formas de autoorganización social y de lucha que pudieran definir desde abajo marcos de democracia y soberanía reales; que nos permitieran construir en clave constituyente qué sociedad queremos: qué educación, sanidad, vivienda, derechos sociales y laborales, pobreza energética, feminismo, defensa del territorio, ciudadanía...; a través de iniciativas y formas de autoorganización como: rodear el parlamento, *juntespodem*, ILPs, multi-referéndum, Mareas verdes y *asamblees grogues*, mareas blancas, PAHs, marchas de la dignidad, auditorías de la deuda, asambleas de barrio, sin papeles y un larguísimo etcétera.

Estas dos grandes explosiones sociales no permanecieron aisladas una al margen de la otra, sino que los vasos comunicantes fueron visibles desde el primer momento y la voluntad de contraponerlos por parte de la derecha catalana (tachando de “españolista” el movimiento de los indignados) evidente. De hecho, la Iniciativa del *Procés Constituent* de “rodear la Caixa” el 11 de septiembre de 2013, fue un primer intento de hacer patente esta realidad y visibles las potencialidades políticas de esta sinergia que se estaba dando en las luchas sociales: abrir un proceso constituyente por abajo, entre todas decidirlo todo. “La república del 99%” no distinguía entre independentistas, federalistas o confederalistas, no distinguía ni seleccionaba entre los diferentes sentimientos nacionales de sus actores, sino que apelaba al cambio de conciencia que había operado en grandes sectores de la sociedad hacia el sistema de partidos y los poderes económicos, y apelaba a la profundización de unas fuerzas destituyentes/constituyentes que ya estaban en marcha aquí y en todo el Estado. “República catalana y proceso constituyente” por abajo eran, pues, la síntesis de esta irrupción popular en Catalunya, que no se desentendía de la crisis de régimen abierta en el resto del Estado (y en Europa) sino que postulaba consolidar y construir nuevas alianzas con todas las fuerzas sociales y políticas que había desatado el nuevo periodo, para abrir procesos constituyentes en todo el Estado (cada uno con su tempo y su intensidad variable) que profundizaran en esta crisis de régimen.

Cuanto más fuertes estas alianzas fraternas con los procesos de lucha abiertos en todo el Estado y el sur de Europa, más profunda la crisis de régimen y más viable sería abrir un camino unilateral en Catalunya que no dejara la iniciativa del proceso en manos de la derecha y su agenda social. Porque, sin duda, la enorme potencia de transformación y ruptura se obtenía al situar en un mismo horizonte político el malestar social fruto de unas políticas corruptas y de austeridad y la oportunidad real en Catalunya de abrir un proceso de construcción de la República Catalana donde fuera posible

decidir y cambiarlo todo, donde las clases populares pudieran convertirse en un sujeto protagonista en la construcción de esta nueva institucionalidad que debía dar respuesta a sus intereses y necesidades.

Cómo embarrancarnos en la lógica institucional: máquinas de guerra electoral y/o la hegemonía del “primero la independencia y después ya veremos”...

Si algo aprendimos del 15M es que era posible romper con la ley del péndulo que ha marcado la izquierda social y política desde sus inicios: la doble ilusión que señalaba Marx de la autosuficiencia de lo social o (al

revés) de la suficiencia de lo político. Es decir, si algo puso sobre la mesa la irrupción de este movimiento es la necesidad de hacer una política no heterónoma y romper con la división social del trabajo entre los movimientos sociales y los partidos políticos a través de una socialización de lo político y una politización de lo social.

“... el referéndum de Catalunya ha condicionado los intentos de recomposición del sistema de partidos del 78”

El movimiento 15M no actuó como *lobby* de presión hacia los partidos existentes o como correa de transmi-

sión de los mismos, tampoco se refugió en la impotencia y los idílicos éxodos de “cambiar el mundo sin tomar el poder”: no se desentendió del Estado, la cuestión del poder o los partidos, sino que impugnó su misma forma de existencia (profesionalizada, burocratizada, incrustada en la lógica y los *tempos* institucionales al servicio de la racionalidad restringida, y la irracionalidad global, del capital nacional e internacional), y trató de levantar nuevas formas de autoorganización y de acción popular que les permitieran intervenir directamente en todos los niveles, manteniendo su autonomía estratégica y poder de decisión en sus acciones y formas de intervención.

El 15M tuvo la capacidad de combinar una impugnación al sistema institucional y de partidos, de levantar un nuevo “régimen de evidencias” más allá (o más acá) de las “necesidades del mercado” y los consensos del 78, a la vez que intentaba constituir lo que el filósofo Jacques Rancière (2005: p. 76) llama una nueva “división de lo sensible”, un nuevo “cuerpo social” “que no está adaptado al reparto policial de los lugares, de las funciones y las competencias sociales” (o como diría Marx en *El capital*: parcelar a un hombre equivale a ejecutarlo...); es decir, la política emancipatoria que levantó el 15M representó (en este aspecto) algo bien distinto, ética y estratégicamente, y muy superior a lo que plantea Gramsci en este fragmento de los *Quaderni* a propósito de la configuración del partido-movimiento o el también llamado “príncipe moderno” que, por desgracia, tanta fortuna ha tenido en las recepciones populistas y neoeurocomunistas del mismo: “su base está constituida por hombres comunes,

3. PLURAL

cuya participación se caracteriza por la disciplina y por la fidelidad y *no por el espíritu creador...*”.

Al contrario, cualquier nueva forma de mediación partidaria que quisiera traducir esta energía social y política en fuerza institucional destituyente, tenía que interiorizar organizativa y programáticamente estas nuevas formas de intervención y su radicalidad democrática. Si algún significado debía tener el significante vacío de “la nueva política” es este: ir creando las condiciones materiales para romper la división social del trabajo entre partido y movimientos, entre representantes y representados, entre líderes/portavoces y las bases, entre expertos y no expertos, entre los que piensan y los que actúan, entre los que hacen política y los que sólo votan con urnas o telemáticamente, entre los que tienen “espíritu creador” y los que solo tienen “disciplina”..., como el mismo Gramsci señalaba en esas mismas páginas (y aquí, desgraciadamente, ni razones populistas ni nostalgias eurocomunistas parecen seguir los consejos del tan citado filósofo de Sardenya): “la burocracia es la más peligrosa fuerza consuetudinaria y conservadora; si logra constituir un cuerpo sólido, que existe en sí y que se siente independiente de la masa, el partido acaba por convertirse en anacrónico, y, en los momentos de crisis aguda, se ve vaciado de su contenido social y permanece como suspendido en el aire” (Gramsci, 1955).

La CUP (o en ese momento las CUPs) enseguida se sintieron cómodos con este nuevo ciclo que se abría, y a pesar de algunas voces miopes que acusaban al movimiento de los indignados de excesivamente ciudadanista o con demasiados vínculos con Madrid (*sic*), supieron poner en valor su municipalismo de transformación, el asamblearismo de base y su crítica a los liderazgos y a la vieja política (la famosa triple impugnación al régimen desde el “caballo de Troya”).

El mundo de los comunes y Podemos, por su parte, aprovecharon como nadie el impulso transformador del 15M para articularse como propuesta política de confluencia, ganadora, y tratar de cambiar el mapa político-institucional de Catalunya y del Estado Español. Las elecciones municipales, catalanas y generales dibujaron un mapa impugnador de las viejas fuerzas políticas en Catalunya y del bipartidismo en España absolutamente impensable solo unos años atrás; a nivel municipal aparecieron candidaturas de confluencia, de ruptura y de transformación que lograron cientos de representantes en los ayuntamientos y alcaldías importantísimas como las de Barcelona, Badalona, Berga o Ripollet.

En clave catalana la CUP triplicó la representación y los Comunes supieron traducir también a nivel institucional y electoral las alianzas fraternas con el resto del Estado español, que el 15M inauguró, siendo la fuerza política más votada en Catalunya en las generales, sumado a los buenos resultados de Podemos.

A pesar del cierre por arriba del régimen con un acuerdo a tres bandas entre PP, Ciudadanos y PSOE, gracias a estas alianzas, el referéndum

de Catalunya ha adquirido una aceptación social en el resto del Estado español también impensable sólo hace un par de años, al tiempo que ha marcado la agenda política y ha condicionado los intentos de recomposición del sistema de partidos del 78.

Pero es más que evidente que el impacto de este referéndum en la línea de flotación del régimen del 78 no hubiera sido posible sin la acción unilateral del conjunto del movimiento soberanista e independentista de Catalunya. Supeditar ahora el referéndum a las posibles futuras mayorías en España es secuestrar toda la capacidad de iniciativa y autonomía a estos movimientos que han sabido levantar desde Catalunya uno de los instrumentos de ruptura más potentes de los últimos tiempos contra el régimen del 78. A la vez que la actitud pasiva y expectante de los comunes ante este punto de tensión que articula en la actualidad una de las principales contradicciones de la política catalana, los sitúa cada vez más en una posición periférica de la centralidad política que habían sabido ganar en las elecciones municipales y generales con la apuesta por el referéndum. Una apuesta clara de los comunes hacia la plena soberanía catalana y la democracia real (apoyando de forma activa que el pueblo catalán pueda expresarse libremente en las urnas sin necesidad de que el Estado español le dé permiso/reconocimiento) permitiría un cambio en la lógica social y política que rompería la hegemonía en el proceso conseguida por *Junts pel Sí*.

De hecho, ya vamos tarde. La izquierda parece no saber “cristalizar institucionalmente” este doble impulso social que ha marcado la política catalana y generar las alianzas necesarias mientras *Junts pel Sí* ha logrado apropiarse del ciclo movilizador independentista, a la vez que la ha reducido a una comparsa sin capacidad de tensión real en la política catalana (un papel secundario lejos de la capacidad de incidencia de 2012-14).

Por otra parte, creemos que el movimiento independentista/rupturista perdió su autonomía y su capacidad de marcar la agenda política el día que se transformó la consulta del 9N en un “proceso participativo” y la consiguiente huida hacia delante de las plebiscitarias. Y sobre todo cuando se impuso una lista unitaria a ERC y las organizaciones sociales y políticas independentistas, vaciándolas de su poder para convertirse en un tensor en las calles, y llevándolas hacia una lógica institucional donde CDC continuaba acumulando el poder de decisión. La apuesta plebiscitaria de las elecciones partió el movimiento soberanista (el 80% que apostaba por el referéndum) e hipotecó la agenda social de la izquierda obligando a la izquierda independentista a gestionar unos resultados envenenados convirtiéndolos en determinantes para garantizar la gobernabilidad de la legislatura de la mayoría independentista.

CiU, en caída libre por los casos de corrupción y las políticas de austeridad más salvajes que se recuerdan (el “gobierno de los mejores” o los “Chicago boys” de Artur Mas) y que había gobernado Catalunya sin

3. PLURAL

muchos trastornos desde la Transición (aparte del breve paréntesis del “tripartito”) encontró así en el “*processisme*” su tabla de salvación. Una tabla de salvación inestable y difícilmente gobernable. En una huida hacia adelante permanente se puso a la cabeza del movimiento pagando un alto precio por su supervivencia política: la desaparición de Unió Democràtica, la ruptura de las alianzas naturales con el resto de los poderes políticos y económicos del Estado, que habían facilitado la gobernabilidad y la hegemonía pujolista en Catalunya, y una sangría permanente de apoyo electoral. En resumen, este extraño aparato de supervivencia política de la derecha que ahora se llama PDeCAT, sigue pantalla tras pantalla con los puestos de mando en las manos, pero en cada pantalla pierde alguna pieza de la carrocería...

Sin embargo, este es un consuelo vano, algunos sectores de la izquierda independentista parecen fiarlo todo a una especie de “dialéctica etapista” que tanta fortuna tuvo en épocas del DIAMAT. El problema de estas dialécticas es que, muchas veces, de “la bellota” de las contradicciones no sale “el roble” de la emancipación sino la mala hierba del transformismo. Y si bien es cierto que, mientras tanto, una gran parte de la base electoral del pujolismo y de Convergencia ha experimentado en este proceso una mutación (¿dialéctica?) y ahora encuentra su “pal de paller” natural en ERC, también es muy cierto que el partido de Companys se encuentra tristemente cómodo dentro de este equilibrio entre unas bases de izquierdas que aplauden las intervenciones de Rufián y Tardà en Madrid mientras aplican políticas socioliberales en el Parlament de Catalunya. Un proceso de adaptación y transformismo permanente que parece que llevará a la actual ERC, sin demasiados traumas ni dificultades, como digna heredera, a parafrasear aquella conocida consigna monárquica: “el pujolismo ha muerto, viva el pujolismo”.

Por último, y en este contexto, nos encontramos con una CSQP (Catalunya Sí que Es Pot) cada vez más aislada y que demuestra diariamente que los comunes no participaron en ese proceso de articulación del dispositivo político y que *Podem Catalunya* se vio puenteadada por arriba desde Madrid dando de forma absurda vía libre a la “vieja política” de Iniciativa... Por si esto fuera poco, nos encontramos a una CUP en contradicción social permanente, que apuesta por la hoja de ruta rupturista (agarrándose a la declaración del 9N) y por el referéndum unilateral pero que se ha visto obligada a apoyar unos presupuestos que mantienen buena parte de las políticas de austeridad y de los recortes.

Una CUP, en fin, que por muchas “bellotas” que sembremos en “*el full de ruta*”, de momento se encuentra atrapada en una contradicción infernal para sus bases anticapitalistas, y hace lo posible para que no vuelvan las elecciones sin referéndum (día de la marmota en bucle) que significarían el triunfo del *processisme* por encima de la democracia y del derecho a decidir.

Referéndum y poder constituyente

A la apuesta por el referéndum unilateral, esencialmente coherente, tanto desde un punto de vista soberanista como independentista, le sigue faltando, por tanto, la otra pata: la del reconocimiento y la fraternidad, mediante un auténtico proceso constituyente por abajo, que podría hacer levantar, ahora sí, este nuevo bloque histórico de soberanía real para las clases populares en el sur de Europa. Pero los *Comuns* en este aspecto también parecen instalados en la “dialéctica de la bellota” y esperan pasivos que el *govern* de la Generalitat les caiga como fruta madura en las manos por muerte natural del *Procés*.

La CUP por su lado parece apostar todo al efecto mecánico de la represión estatal. Pero hacer bascular el resto de la izquierda y su base social hacia la unilateralidad a base de porrazos judiciales y reales, mientras se sostiene un gobierno recortador de derechos, es una apuesta como decíamos más arriba demasiado arriesgada si, además, tenemos en cuenta que la principal herramienta para ensanchar su base social (una ruptura desde abajo y a la izquierda en clave democratizadora) ha quedado postergada *sine die* (para después del referéndum), a pesar de haber declarado solemnemente (desde el parlamento de Catalunya)

“... el movimiento independentista/rupturista perdió su autonomía y su capacidad de marcar la agenda política”

el inicio de un proceso constituyente, participativo, abierto e integrador...

En resumen, las dos cristalizaciones institucionales de estas dos realidades que se manifestaron desde la autonomía estratégica de lo social en forma de unilateralidad y fraternidad, han roto sus vasos comunicantes. Y la herramienta (des)constituyente que las unía ha desaparecido. Solo un dato: si el periodo que va de 2011

a 2014 encontramos que en Catalunya y en el Estado se da uno de los mayores índices de movilizaciones y huelgas de toda Europa, en el periodo que va de 2014 a 2016 nos encontramos, sin embargo, con el nivel más bajo de los últimos 30 años.

Por una asamblea de movimientos sociales constituyente

Hay pues que reconstruir esta autonomía estratégica de los movimientos y hacerlo desde la base, desligada del tacticismo electoral. En cada pantalla presupuestaria y electoral, la derecha está impulsando de facto su propio proceso constituyente; no podemos resignarnos, pues, a este callejón sin salida estratégico. Los movimientos sociales debemos coordinar y conjurarnos en clave constituyente para que, independientemente del marco de relación que queramos o finalmente decidimos tener con el Estado, seamos capaces de rearticular todas las experiencias y prácticas que hemos desarrollado a lo largo de estos años desde la autoorganización y

3. PLURAL

mediante la lucha para levantar una constitución material de derechos sociales y políticos que nos permita construir una correlación de fuerzas al servicio de los intereses de las clases populares.

Hay que enlazar todas las pequeñas y grandes propuestas que hemos ido construyendo para definir qué educación queremos, qué sanidad, qué servicios sociales, qué relaciones laborales, económicas, qué ciudadanía, etcétera; en definitiva: qué sociedad queremos construir para levantar, también de facto, una correlación de fuerzas social que nos permita constituir unilateralmente soberanía real y compartida entre las clases populares de aquí, de los pueblos del Estado y de toda Europa.

Es imprescindible articular desde la base todos los espacios de contrapoder que hemos ido construyendo en esta lucha contra la austeridad y los recortes y por la reapropiación de nuestras vidas. Y es necesario que esta apuesta sea autónoma y sobre todo que se articule en todo el territorio.

En definitiva, en un momento que la política institucional se ha convertido en la protagonista y donde la derecha, a pesar de su capacidad de mando (tanto en Catalunya como en España), se encuentra en un momento de debilidad histórica, no puede ser que, a pesar de sus fisuras evidentes y constantes de gobernabilidad, siga teniendo la iniciativa y marcando la agenda social gracias a la “correlación de debilidades” y los errores estratégicos de la izquierda política. Ni en la Generalitat, ni en el Estado ni en la Unión Europea había habido nunca tanta debilidad política y de legitimidad; sin embargo, la dureza de las recetas económicas se mantiene incólume y aumenta...

Es necesario que las clases populares recuperemos la iniciativa, articulándonos en clave constituyente y democratizadora, apostando por impulsar una asamblea de movimientos sociales constituyentes y una carta de derechos sociales en Catalunya que frente a la adaptación programática permanente de la izquierda institucional marque los mínimos ejes programáticos y estratégicos independientemente de lo que digan los diferentes marcos competenciales (Generalitat, Estado, Unión Europea...), y que apueste por un referéndum que incluya la unilateralidad. No como una herramienta para marcar dinámicas electorales, sino como la expresión política de una soberanía que sólo se podrá ejercer si hay un presente y un horizonte lleno de rupturas constituyentes sobre la mesa. Sólo así conseguiremos salir de este callejón sin salida en el que nos encontramos y estar en condiciones de ganar soberanías, disputar el poder a la derecha y conseguir un marco constituyente al servicio de las y los de abajo. En la práctica constituyente de los y las de abajo, unilateralidad y fraternidad siempre han ido juntas, no hay otro modo.

Marc Casanovas es redactor de **viento sur** y *David Caño* es poeta y sindicalista en la IAC (Intersindical Alternativa de Catalunya).

Referencias

- Caño, D. y Casanovas, M. (2017) “*Crida a les esquerres: unilateralitat i fraternitat van juntes*”. *Crític*, 8/6/2017.
Disponible en: <http://www.elcritic.cat/blogs/sentitcritic/2017/06/08/unilateritat-i-fraternitat-van-juntes/>.
- Castoriadis C. (2005) “La polis griega y la creación de la democracia”, en C. Castoriadis, *Escritos políticos*, Libros de la Catarata, Madrid.
- Gramsci, A. (1955) *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato Moderno*. Turín: Einaudi.
- Rancière, J. (2005) *Sobre políticas estéticas*. Barcelona: Ed. Universitat Autònoma de Barcelona.



5. Luchas, movimientos y contrapoderes

Tesis (provisionales) sobre el contrapoder

Emmanuel Rodríguez y Brais Fernández

1. La política de izquierda, y de la llamada izquierda revolucionaria, no ha conseguido salvar su propia crisis; crisis que por rigor histórico debemos situar en los años 20 y 30 del siglo XX. Enfrentada a la triple alternativa de la colaboración en la reactivación capitalista por la vía de su participación en el Estado intervencionista keynesiano (socialdemocracia), la destrucción desde dentro de la propia revolución por medio de las dictaduras estalinistas (URSS) o la impotencia de la marginalidad (izquierda comunista y anarquistas), la izquierda como potencia viva y alternativa de otro mundo posible fue derrotada en aquellas décadas. El repunte revolucionario de los años 60 y 70 del pasado siglo apenas fue el desplazamiento de las mismas alternativas, que planteadas en el primer tercio del siglo en Europa, se volvieron a proponer tanto en los países del Tercer Mundo, como en los países de capitalismo avanzado. La única novedad, en el occidente capitalista, fueron los nuevos